

Del 98 a nosotros

José Luis Rubio Cordón

Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid.

El punto de partida es: ¿llorar o celebrar los cien años del 98?

No hace muchos días polemizaba con un compañero de universidad sobre la conmemoración de aquella fecha. «Pero, ¿cómo se puede conmemorar –decía– una catástrofe como fue el 98?»

Naturalmente desde una visión local española –mínima– no habría nada que celebrar: el gran Imperio antiguo pierde sus últimos dominios. Ya se pone el sol. Es el final. Volvamos hacia nosotros mismos, encerrémonos en nuestro asilo.

Pero no es ese el punto de partida exacto. Aquel viejo Imperio no se hizo y se deshizo simplemente, como tantos otros Imperios en la historia contemporánea. Se hizo y se deshizo haciendo, a la vez, una Comunidad de naciones, diversas y unas. El 98 es la fecha en que se cierra una vieja forma. Pero es la fecha venturosa en que empieza a germinar, a desarrollarse, una nueva forma: la Comunidad entre iguales. La memoria de aquel fin no puede empañar la conmemoración de este comienzo. La semilla se destruye y empieza a nacer el árbol.

La alegría o la esperanza de hoy, a los cien años del «desastre español», no puede estar en lo que fue para España aquella fecha: ha de estar en lo que han sido estos cien años para una Comunidad en la que, si la Península Ibérica fue determinante, ahora es una porción más –igual, semejante a otras–. Debe estar en si aquella simiente se ha convertido en árbol o no.

* * *

Miremos hacia atrás. ¿Cómo éramos? ¿Qué éramos hace un siglo?

Descarnadamente: como comunidad no existíamos, nuestra presencia en el mundo era nula.

Como países, uno por uno, estábamos sumidos en la inoperancia ante los acontecimientos mundiales. Padecíamos sin participar.

La irrupción de los Estados Unidos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas se hace para barrer una cultura e imponer otra nueva, la norteamericana. Los nuevos ocupantes de las viejas islas hispanas hablan en sus

proclamas de la llegada de «una civilización esclarecida», del fin de una cultura despreciable que hay que barrer en el menor tiempo posible.

Eramos una España vencida, humillada, y el sur de los Estados Unidos un conjunto de pueblos claramente despreciables y dominables.

Acabábamos el siglo con la mitad del México independiente arrebatado; con la isla de Puerto Rico y Filipinas ocupadas, colonizadas; con Cuba sometida a un derecho de ocupación, y con todo el subcontinente iberoamericano vigilado e intervenido a gusto del Imperio nuevo. Algo que va a intentar perpetuarse en el nuevo siglo, país por país, ante la mirada demasiado indiferente e insolidaria de los países no afectados en cada ocasión.

Era tal nuestra debilidad pueblo a pueblo, era tal nuestra debilidad como conjunto inarticulado, y era tal la fuerza de los otros –más bien, del otro, anglosajón– que late en nuestros corazones angustiados la pregunta que Rubén Darío se hace:

«¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
«¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»

Incluso, nuestra desaparición como distintos, como portadores de una personalidad diferenciada, se alzaba como una estremecedora posibilidad. Podíamos dejar de ser nosotros, podíamos empezar a ser otros, era posible que tantos millones de hombres habláramos inglés.

Contemplados desde fuera, aparecíamos como un amasijo caótico de estirpes inferiores –hispanos, indígenas, negros, mestizos y mulatos–, pueblos incapaces, negados para el Progreso, para la Ciencia, para la Técnica, para el refinamiento cultural. Eramos, sencillamente, bárbaros, destinados a ser dominados y difícilmente insertados en culturas más avanzadas.

Y contemplados desde dentro, vivíamos una mentalidad, largamente trabajada, de autodenigración continua. Cada una de las naciones americanas era, en mayor o menor proporción, resultado de un mestizaje indo-hispano con inserciones negroafricanas. Y, en conjunto, mestizaje despreciable.

En un pueblo tan eminentemente indígena como Bolivia, con una cultura eminentemente mestiza, un intelectual de relumbré, Gabriel René Moreno, afirmaba:

«... el cerebro indígena y el cerebro mestizo son celularmente incapaces de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo».

Largamente, desde la escuela misma, se ha ido preparando la aceptación de la superioridad de los otros. Y, paralelamente, se ha ido formando a las generaciones sucesivas en el encono, cuando no en el odio, y siempre en el menosprecio, al vecino indohispano.

No se puede esconder que, cuando el viejo siglo termina y cuando el nuevo comienza, ya han germinado voces decisivas de autoafirmación, y que Hispanoamérica vuelve en ellas a tomar conciencia de sí misma: Eugenio M^a de Hostos –que vive para y por la América toda–, José Martí –el de «Nuestra América»: «el vino, de plátano; si sale agrio, es nuestro vino»–, José Enrique Rodó –con «arielismo» y su denuncia de la «nordomanía»: «Patria es para los hispanoamericanos la América española»–, Manuel Ugarte –peregrino de la unidad, que el llamaba «Patria Grande»–, y Justo Arosemena –que pide la concreción política de la unidad–...

Pero tampoco se puede esconder que esas voces son entonces muy aisladas, que los pueblos en su conjunto no han sido penetrados por las mismas, que se sigue en la pobreza moral del ansia de elevarse siendo otros y de que el vecino se mineralice en su definitiva inferioridad.

La realidad del conjunto es la neta desolación. Es un letargo en el que solo esas voces invitan a la vida nueva.

* * *

¿Y España, mientras tanto? ¿Qué es de esa España abofeteada sonoramente por la humillación de la derrota y el Tratado de París?

La atonía, la inferioridad de España, es evidente. Los Pirineos separan a dos mundos, no en lo geográfico sino en el tiempo. Al sur se vive un ayer. Al Norte se camina hacia el futuro. Mentas privilegiadas –paralelamente o consecuentemente a lo sucedido en América– plantean como única solución Europa. «Hay que europeizarse». O «España es el problema: Europa la solución».

La imagen de aquella España es sobrecogedora. Lucas Mallada, un observador minucioso y angustiado, examina la situación en 1890 –víspera del desastre– y escribe:

«... España sigue entumecida y rezagada detrás de todo el mundo civilizado. Todos van más aprisa que nosotros;

y cuando las demás naciones dirigen a la nuestra una mirada compasiva, al verla macilenta, con torpe e inseguro paso, no pueden creer que llegue a alcanzar un puesto de honor en el banquete de la vida. Es que, en medio de sus esfuerzos, la ven envuelta en una densa niebla de apatía e ignorancia».

¡Cómo describe aquella España Antonio Machado –el poeta del que tuve la suerte de llegar a ser alumno en mi niñez–. Sus palabras no pueden ser más pesimistas, sobre todo cuando nos asegura, frente a quienes encuentran que el español tiene el estómago vacío, que «el vacío es más bien en la cabeza». Aquel pesar cuando nos dice:

«La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía ...»
«... de espíritu burlón y de alma quieta ...»
«Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tatur, zaragatera y triste ...»

La realidad que nos envuelve al concluir el siglo XIX, y aún entrado el siglo XX, es innegablemente desoladora. Es así. Al menos es así en la superficie. Nada grande parece florecer entre nosotros. Sólo hay brotes muy dispersos. Ciertamente. Somos no un mundo, una cultura, una identidad una en su variedad: somos una dispersión invertebrada. Una dispersión que ni se conoce a sí misma, ni tiene conciencia de sí misma, ni tiene fe en sí misma.

* * *

No éramos. Habíamos desaparecido. Un siglo después, somos. Y somos el segundo espacio cultural de nuestro tiempo. Estamos aquí, todavía sin creérselo del todo, afirmándonos en nosotros mismos.

Tantos millones de hombres no hemos decidido hablar inglés. Seguimos en nuestras lenguas cada día más firmes. Tenemos, o al menos estamos haciendo, una casa común reconocida.

Un hecho prodigioso se ha producido en este siglo: hemos afirmado nuestra personalidad, no desaparecidos. Esa sería una hazaña suficiente. Pero es que, además, significamos una sólida esperanza humana. ¡Había, pues, bajo la superficie agotada, desconocidas potencialidades!

Partíamos de casi nada, o de algo cuya negación era frecuente. Nada significábamos y nada representábamos. Ahora representamos y significamos. No es que nos hayamos colocado, nosotros también, entre los grupos humanos superiores. Antes me mordería la lengua que situarme en esa vanidad. Solamente hemos mostrado que no somos inferiores, que todas las colectividades humanas, por desgraciado que sea su presente, pueden llegar a donde llegan las otras, las

que en un momento determinado se encuentran en cabeza. Hemos mostrado, modestamente, que no existe determinante inexorable para las razas y los pueblos, que nada nos viene por definición congénita.

Comprendimos que la afirmación más honda de cada uno de nuestros pueblos no había que encontrarla en la oposición al vecino, sino en las raíces comunes en armonía con la diversidad.

Ciertamente, hoy nos insertamos en uniones extra-iberoamericanas. España y Portugal en la Unión Europea. México se integra en una Zona de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. Puerto Rico permanece como posesión estadounidense, con oscilaciones fuertes hacia su constitución en otro Estado de la Unión. Planea sobre todos los países al sur de Río Bravo el proyecto de un todo económico para el continente, una plataforma de las Américas. (Pero, también, en los propios Estados Unidos, 29 millones de «hispanos» en ascenso afirman su presencia).

Y, sin embargo, los imperativos geográficos y económicos no nos impiden acrecentar nuestra percepción de lo que nos es común, de que existe profundamente una cultura y una historia comunes, una civilización propia y diferenciada que vive y respira bajo todos los desgarros actuales. No nos impiden llegar a la idea grande de una Comunidad Iberoamericana que se va expresando en la celebración anual de las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno. Cumbres que son algo más que el anuncio de una economía común, de una organización común de la defensa, o de una política exterior uniformada. Que son la expresión de un alma común.

* * *

Una civilización derrotada mostró que su vencimiento no sería para siempre, que había fuerza y potencialidad para resurgir y colocarse nuevamente en cabeza, y esta vez en civilización progresiva, en una modernidad nuestra.

Considerados un siglo atrás como pueblos tarados para el progreso y la civilización, como amasijo de razas inferiores no aptas para la modernidad, la hazaña de este siglo realizada por estos pueblos ha sido nuestra afirmación, la negación de nuestra negación, el descubrimiento –bajo nuestras cenizas– del ascua encendida que albergábamos.

Se ven claras señales de superación, de abandono de viejas incapacidades –que no eran, sin duda, con-

génitas–: una asombrosa afirmación indígena, una consolidación democrática, una irrupción vigorosa de movimientos sociales de base, la entrada progresiva de algunas Fuerzas Armadas en una mentalidad nueva, el papel prioritario universalmente de nuestras Artes y nuestras Letras, la resuelta ruptura de nuestra supuesta incapacidad científica y técnica, la nueva Iglesia ... y el sentido de la unidad recobrado. (Lo que no puede hacer olvidar nuestros capítulos pendientes: la injusticia en el reparto, la creciente Deuda Social, la todavía balbuciente respuesta de la Escuela al ideal de la Patria Grande, por encima de los localismos).

* * *



Tenemos que hacer balance. Y nuestro saldo –con todas sus imperfecciones– es positivo. En común representamos algo en esta Humanidad, fraccionada por parcialismos enfrentados: culturales, étnicos, económico-sociales.

No es solamente que estemos: es que SOMOS. Tenemos una tarea común por delante. Significamos, SOMOS, una causa humana. Y una causa no parcial, sino integradora. Somos síntesis étnica, cultural, económico-social. Representamos la Utopía posible del MESTIZAJE. El mestizaje es nuestro pabellón de Paz.

En el mestizaje reside nuestra posición de ventaja respecto a las parcialidades del Occidente puro o del Oriente puro. El Occidente nos pertenece, pero también somos Oriente. No podemos enfrentarnos con uno u otro sin desgarrarnos nosotros mismos. Somos blancos, indios, negros, mestizos, mulatos, somos «raza cósmica», como destacaba no hace mucho Leopoldo Zea, en Santiago de Chile, sobre la huella de Vasconcelos.

Tenemos que mantener el hilo común de nuestra unidad de sentido en el mundo, por encima de nuestras adscripciones económicas o políticas actuales a otras unidades supranacionales. No se trata de deshacer los pasos dados. Se trata de que esos pasos no nos alejen de nuestra propia razón de ser. Afortunadamente tenemos dos verbos diferenciados: el SER y el ESTAR. Debemos estar con los otros, pero somos nosotros mismos.

Creo que entre todos podemos, como resultado de un siglo de esfuerzos, y como destilación de otros siglos que pacientemente nos fueron cincelandos, que la comunidad sea *para sí*, y no *para otro*. Para poder, en esta forma, ser *para todos*.